

## GOBIERNO DEL PRESIDENTE

### TOMÁS ESTRADA PALMA

Tomó posesión de la presidencia de la República en Armas Tomás Estrada Palma, quien designó su Gabinete de la forma siguiente: Secretaría de la Guerra e Interior: Comandante Francisco La Rúa; Hacienda y Relaciones Exteriores: Teniente Coronel Ramón Roa; Secretario del Consejo y Subsecretario de Estado: Lic. Juan Miguel Ferrer Picabía.

El Presidente Estrada Palma inició sus actividades reorganizando los servicios de Correos tanto del exterior como el nacional. «Regularizando de manera que pudiera llamarse perfecta con el exterior, que hasta entonces había estado encomendada a la casualidad.»<sup>216</sup>

Aunque, como dice Tomás A. Terry: «Desde los primeros días de la Revolución, iniciada en Yara, se tuvo especial cuidado de establecer, en la mejor forma posible, las conexiones para el seguro y pronto envío de los despachos de guerra y proveer del correo necesario a los miembros del ejército y habitantes de las regiones controladas por los mismos.»<sup>217</sup>

«Organizó los centros secretos patrióticos en todas las ciudades, villas y aldeas, no quedando una sola donde no hubiese un centro con el que se entendiera el Gobierno de la República, o los Jefes de Departamentos o Brigadas, en su representación. Estos centros prestaron en el acto un servicio cuya falta había sido causa de que las epidemias se propagaran en las fuerzas; porque desde entonces se enviaron al campo medicinas de todas clases, principalmente quinina, que repartida con profusión por todas partes hizo desaparecer las fiebres intermitentes que como un azote constante venía diezmando a los habitantes de Cuba libre, casi desde el principio de la lucha; las úlceras y la lepra, también de carácter epidémico desaparecieron con los tratamientos adecuados.»<sup>218</sup>

---

<sup>216</sup> Torrademé Balalo, Angel. «Iniciación a la historia del Correo en Cnba -en el Siglo XIX.» Imprenta «La Habanera». La Habana, 1946, p. 394.

<sup>217</sup> Terry, Tomás A. «El Correo Aéreo en Cuba.» «Instituto del Libro. La Habana, 1971, p. 159.

<sup>218</sup> Figueredo Socarris. Fernando. Obra citada, pp. 149-150.

Dice Figueredo que Estrada Palma organizó los hospitales de sangre y los talleres, creando ambos institutos donde no los había.<sup>219</sup>

Máximo Gómez, alentado por el Presidente Estrada Palma, marchó para Las Villas para continuar su obra invasora apoyada por los refuerzos obtenidos.

El Gobierno celebra el 10 de octubre con dos triunfos importantísimos, uno la toma por el General Vicente García de las Tunas y otro el asalto a la ciudad de Santa Clara por el General Manuel Calvar.

Pero después de tanta alegría llegaba la hora de crisis del Gobierno, ya que los jefes villareños no querían ser mandados por oficiales de Camagüey y Oriente. Grandes obstáculos encontró el General Máximo Gómez a su retorno a las Villas. Lo primero que surgió fue la renuncia del General Julio Sanguily y de ahí una serie de trastornos en contra de Gómez y demás jefes que no son villareños. El General Gómez dándose cuenta de la situación hace entrega del mando al General Roloff y se retira a Camagüey con las tropas y jefes camagüeyanos y orientales.

Esta crisis —grave crisis— fue debatida extensamente por el Gabinete de Tomás Estrada Palma, donde el Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores, Teniente Coronel Ramón Roa, solicitaba una actuación enérgica para dominar y controlar ese tipo de indisciplina, ya que ponía en peligro el plan invasor del General Gómez y a la propia Revolución.

El Gabinete se mostraba débil, la energía que presentaba en los comienzos de su actuación había decaído, por lo que Ramón Roa dimitió su cargo ministerial, «por ser opuesto a que los actos de indisciplina quedasen sin un severo castigo»,<sup>220</sup> y declarando en dicha sesión: «Es preferible que nos hundamos con estrépito a que parezcamos lenta y desairadamente.»<sup>221</sup>

«Estrada Palma —dice Ramiro Guerra— concibió el arriesgado plan de designar al General Vicente García —en la cumbre de su reputación militar con la toma de las Tunas (22 de septiembre 1876) y otros triunfales hechos de guerra en los últimos meses para el mando superior de Las Villas.»<sup>222</sup>

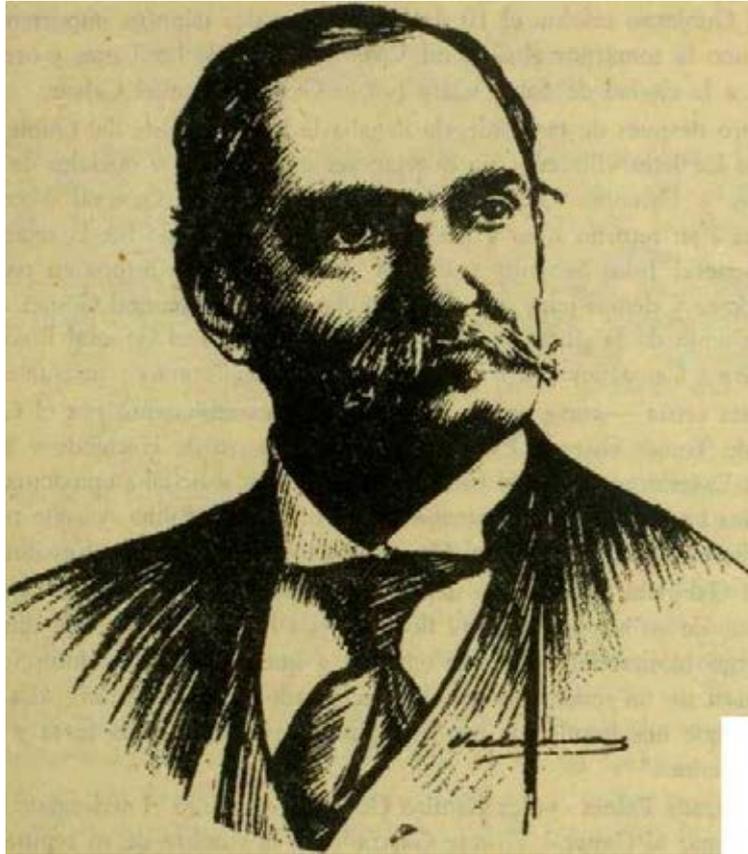
---

<sup>219</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 150.

<sup>220</sup> Guerra, Ramiro. Obra citada, p. 273.

<sup>221</sup> Roa, Raúl. «Aventuras y desventuras de un mambí.» Instituto del Libro. La Habana, 1970, p. 99.

<sup>222</sup> Guerra, Ramiro. Obra citada, p. 273.



Tomás Estrada Palma. (Dibujo de Valderrama.)

Pero este general —oposicionista sistemático de todos los gobiernos— no cumplió la orden del Ejecutivo y por el contrario eleva un escrito «a la Cámara de Representantes, acusando al Gobierno de Estrada Palma: «aquejando abusos de autoridad e injusticias perpetrados por el Ejecutivo, con perjuicio de los intereses de la patria y agravio a la dignidad del firmante como ciudadano y como militar».<sup>8</sup>

«Ahora surgió un nuevo brote sedicioso dentro de las filas revolucionarias que fue denominado de “Santa Rita”, donde —como dice Enrique Collazo— el Coronel Limbano Sánchez y el Diputado Dr. José Enriquez Collado eran los corifeos de la reforma habiendo reunido en su campamento a los desertores.»<sup>9</sup>

Ante esta nueva rebeldía similar a la de Lagunas de Varona la Cámara y el Gobierno se mostraron con demasiada tibieza ante esta insubordinación.

Los amotinados de Santa Rita, dirigidos por el General venezolano José M. Barreto, pedían la destitución del Presidente Estrada Palma y la supresión de la Cámara.

La realidad era una que el motín de Santa Rita estaba inspirado por Vicente García para que sus fuerzas no se trasladaran a Las Villas, pero él aparecía como fiel al gobierno.

El Presidente Estrada Palma sin poder para reducir a los amotinados se dedicó a aislarlos para que no se propagara el mal. Esa fue su labor en Camagüey y en las demás brigadas de Oriente.

Surge entonces frente al movimiento sedicioso la figura del General Antonio Maceo, quien con un elevado espíritu patriótico y una energía digna de sus laureles militares, rechaza primeramente aunque a veces en tono un tanto violento la invitación que le hace el General Vicente García para que se una a la rebelión contra el Gobierno. La carta de Maceo constituye una página antológica y nos hace sospechar que en la redacción de la misma estaba la intervención de su leal consejero y fiel amigo, el Dr. Félix Figueredo.

«Al mismo tiempo que indignación, —le dice Maceo a Vicente García— desprecio me produce su invitación al desorden y desobediencia a sus superiores, rogándole se abstenga en lo sucesivo de proponerme asuntos tan degradantes.»<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Collazo, Enrique. Obra citada, p. 274.

<sup>8</sup> Guerra, Ramiro. Obra citada, p. 274.

<sup>10</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada-, p. 187.

El conflicto continuaba. Los sediciosos seguían su campaña divisionista y quisieron rendir a la brigada que mandaba el Coronel Leyte Vidal y lo conminaron a entregar el mando y los archivos a lo que se negó el valiente libertador diciéndoles: «no me rendiré sin una orden del Brigadier Antonio Maceo».

Se anunció la llegada de Maceo al campamento de los amotinados, dispuesto a librar a Holguín del peligro de la sedición.

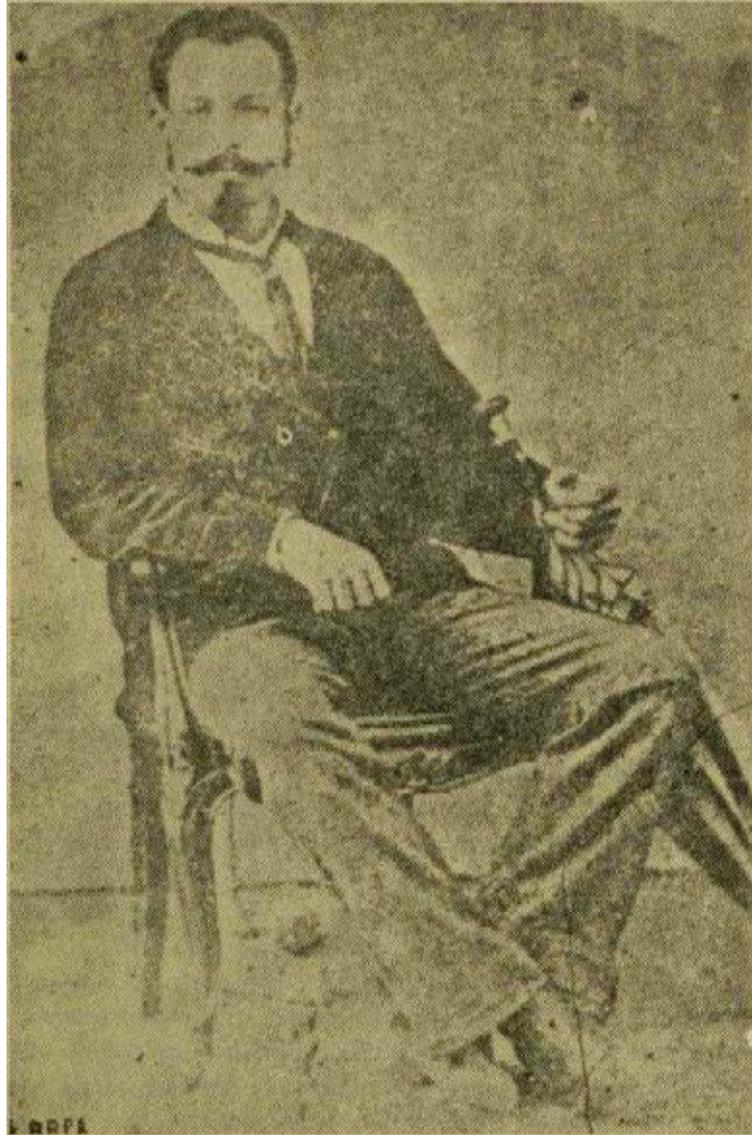
«Se dirigió con la fuerza que traía, unos cien hombres, y la oficialidad de Holguín hacia el rumbo del cuartel de Limbano Sánchez. Al Dr. Félix Figueredo, Jefe de Sanidad Militar, y al que os habla,<sup>11</sup> nos cupo en suerte acompañar aquella expedición que en busca de un fantasma! que huía ante nosotros. El orden, emprendía el Brigadier Antonio Maceo. Ambos creíamos y en ese sentido apoyábamos moralmente al Tefe de la División, que el mal debía cortarse de raíz fusilando a Limbano Sánchez. La marcha siguió. El Brigadier, solo tomó el ramal derecho de la Y, o sea hacia el Este. El Dr. Figueredo y yo, sin ponernos de acuerdo y como impulsados por el mismo sentimiento, abandonamos el lugar que ocupábamos y contraviniendo la orden dada por el Brigadier, marchamos a alguna distancia detrás de él. ¡Cuántas reflexiones asaltaron nuestras mentes en aquellos, pero para nosotros interminables momentos de verdadero conflicto! Figueredo y yo sin hablarnos ni una palabra nos entendíamos perfectamente por medio del elocuente lenguaje de los ojos, y nos comunicamos nuestras impresiones y angustiosos pensamientos. ¡Cuánto sufrimos aquellos momentos de triste recordación, en que se iba a jugar el todo por el todo! Maceo impasible, con paso corto, marchaba a poca distancia de nosotros... Nos advierte y con una señal ordena que nos detengamos. Pronto se perdió en una ondulación del camino. Hubo un momento de sepulcral silencio, interrumpido sólo por el crujido de los árboles, cuyas elevadas copas se mecían al impulso del viento. Figueredo y yo nos mirábamos sin articular palabra. Ambos teníamos nuestras armas listas: yo pensaba correr en pos de Maceo al primer grito o tiro que sonara y estaba seguro que el Dr. haría lo mismo. Hay momentos en que nos abandona la idea del propio peligro, embargada en absoluto la mente por el peligro ajeno. Un “¿Quién va?” resonó en aquella montaña, interrumpiendo el silencio que rodeaba la escena: y antes que pudiéramos pensar en nada, oímos que el Brigadier

<sup>11</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra' citada, p. 200

contestó “¡Cuba!” —“¿Qué fuerza?” —replicó la voz, y el Jefe contestó: —“El General Maceo, Jefe de la División.”

»“¡Alto al Jefe de la División!” volvió articular el centinela, que fue contestado con serenidad por el Jefe: “—En el territorio de mi mando nadie tiene derecho a detenerme.” Figueredo y yo, al escuchar aquel coloquio, nos miramos significativamente y nuestros rostros aminándose por una sonrisa en señal de esperanza, expresaron el sentimiento de nuestros pechos: nuestra mirada y nuestra sonrisa podían traducirse por la palabra ¡triumfo!. Pero el celoso centinela da la voz de alarma y llama con palabras que se atropellaban unas a las otras, al cabo de guardia y al Coronel Sánchez. Se oye un toque de clarín procedente del campamento y las voces de “¡Vivan las Reformas!” “¡Viva el General en Jefe Vicente García!” atronaron el espacio, perdiéndose en la inmensidad de aquellas montañas. Figueredo y yo nos miramos y leímos en nuestros respectivos semblantes la frase: “¡Todo se ha perdido!” Súbitamente la voz clara y penetrante del Teniente Coronel Limbano Sánchez, acallando el eco de los vítores dijo: ¡“Alto, General Maceo!” “¡Si usted no hace alto... apuntando con su magnífico revólver de sistema moderno a la cabeza del General Maceo— le hago fuego”. Figueredo y yo corrimos hacia el grupo... Mientras tanto las cornetas en el interior del campamento tocaban *llamada de tropa*, y los vítores se sucedían con insistencia. “¡Vivan las Reformas!” “¡Viva Vicente García!” repetía el eco perdiéndose lentamente en el espacio.

»La situación era espantosa: todo parecía perdido. A mí no me quedaba otra esperanza y hasta era mi deseo, ¿por qué no confesarlo? que caer acribillado a balazos junto a Maceo que, con los brazos abiertos, quizás para hacer un blanco más seguro, permanecía inmóvil delante del cañón del revólver de Limbano Sánchez. ¡Un movimiento involuntario de la nerviosa mano de Limbano, y todo estaba perdido! —“¡Haz fuego, cobarde!” — exclama el Brigadier. “¡Haz fuego, que vas, a matar a un hombre!” decía con sus brazos en cruz. Y como Limbano perdiendo un tiempo, que el *baa* debía aprovechar para caer sobre el *pajarillo*, ya fascinado por su mirada, le ordena brusca y enérgicamente: “¡Deponga usted esa arma!” Y el brazo que acababa de herir de muerte a la Patria, y que iba a ser homicida además, cae, como dominado por el peso de aquella arma, a la orden del adversario. Maceo abraza a Limbano Sánchez. En aquel momento Figueredo y yo alcanzábamos el lugar de la escena...



Coronel Limbano Sánchez. (Del libro «Baracoa» de Ernesto de las Cuevas, 1920.)

«—¡No tema usted! —dice el Jefe al subalterno, me esforzaré por salvarle de la ruina que le amenaza; entrégueme su gente y ayúdeme a volverlos a la obediencia.»<sup>223</sup>

Después de estos incidentes con que Maceo trata de imponer la disciplina, el Coronel Limbano Sánchez, faltando a su palabra escapa del campamento, en los momentos que llega el Ministro de la Guerra, General Máximo Gómez, quien trata de aplicar a esta acción de violencia una medida diplomática, que hace surgir nuevos incidentes entre el Brigadier Maceo y el Coronel Limbano Sánchez, sin que lograra nada para mantener el orden, la disciplina y la unidad en las fuerzas divididas por el motín de Santa Rita, pero Máximo Gómez, confía en su carácter y el gran arraigo que tiene en la tropa a la que pretende someter a su autoridad y dice Fernando Figueredo, actor de estas escenas: «la tropa volvió a sus puestos en la formación, terminando después de escuchar al General Gómez, por someterse a su autoridad, pero protestando no aceptar como jefes ni a Rius ni a Maceo; y allí aquel hombre de rígida figura, erecto sobre su pedestal como la estatua de la ley, tuvo que cerrar los ojos y transigir con los amotinados».<sup>224</sup>

El Teniente Coronel Limbano Sánchez después del compromiso acatando el gobierno le dirige una carta al Secretario de la Guerra, General Máximo Gómez, «ordenándole abandonara el territorio, pues su presencia estorbaba para la organización, o de lo contrario daría órdenes de que se le hiciera fuego donde quiera que lo encontraran».<sup>225</sup>

Máximo Gómez continuó su marcha ordenando varias operaciones contra los españoles y él mismo confiesa en su diario 1877. 1 de agosto: «Salí de Barajagua y llego al Gato, punto donde había citado a Limbano Sánchez con el grupo de sublevados y en vez de ellos me encuentro una carta negándome de nuevo obediencia y ratificándose en su actitud. Con tal proceder no es ya posible volver a esos hombres a la obediencia por medio de medidas que no sean las de la fuerza...»<sup>226</sup>

Se reúnen nuevamente los Generales Gómez y Maceo en el Potrero de Mejía, Barajagua, para combinar las nuevas operaciones militares, un plan para acabar con la sedición en el ejército libertador, cuando son

<sup>223</sup> Figueredo Socarrás, Fernando. Obra citada, pp. 208-209.

<sup>224</sup> Figueredo Socarrás, Fernando. Obra citada.

<sup>225</sup> Figueredo Socarrás, Fernando. Obra citada, p. 215.

<sup>226</sup> Gómez, Máximo. «Diario de Campaña.» Instituto del Libro. La Habana,

sorprendidos por la presencia de una columna española<sup>227</sup> que había preparado una emboscada. «Maceo —dice Fernando Figueredo— clava su soberbio caballo Concha y revólver en mano se lanza sobre el grupo enemigo oculto en unas malezas... Quedó un momento envuelto en una especie de nube de humo de la descarga que toda la línea había hecho, y luego, de repente, se le ve saltar por encima de la emboscada enemiga y su caballo se desboca por la inmensidad de aquel potrero. Sus compañeros sorprendidos de lo que parecía una fuga, lo siguen con la vista. El caballo no cesaba de correr. Por fin se ve que el cuerpo tambalea, cae y rueda por tierra. Todos corrieron presurosos en la convicción de que estaba herido, cuando llegaron al lugar en que había caído, retrocedieron espantados... ¡estaba muerto!

»Su cuerpo inanimado lanzaba ríos de sangre por diferentes partes. En el pecho tenía una herida, por la cual podía introducirse el puño; una mano la tenía despedazada; sangraba por los oídos, por la nariz y por la boca. ¡Oh! Aquel cuadro, para los que habían llegado a amarle, admirándolo, era horroroso. Hubo algunos de los presentes que entristecido exclamó: ¡Murió la Revolución de Cuba! ¡Ésta era su alma!

»La residencia<sup>228</sup> del Dr. Figueredo estaba inmediata como se advirtiera alguna señal de vida en aquel ensangrentado cuerpo; se le llevó allí por pronta providencia. Poco a poco con el auxilio del agua fresca fueron animándose las facciones del héroe, hasta que por fin se logró que volviera en sí; pero sin concebirse una remota esperanza de salvación.»<sup>229</sup>

«Aquellos valientes —dice Rodríguez Morejón— que son incapaces de resignarse ante la gran desgracia e impulsados por el poderoso móvil de su ingente deseo de salvar al Jefe querido y con él la Revolución, proceden con extraordinario cuidado y rapidez a recoger el herido para trasladarlo al cercano lugar, donde Félix Figueredo, médico y gran amigo de él, tiene instalada su tienda.»<sup>230</sup>

---

<sup>227</sup> Franco, José Luciano. «Antonio Maceo.» (Apuntes para una historia de su vida.) Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Municipio de La Habana, 1951. p. 122.

<sup>228</sup> Residencia en Cuba se interpreta como chalet o gran mansión. En el Diccionario de la Lengua Española, se define la palabra: «acción o efecto de residir. Lugar en que se reside». Pues es imposible pensar que el Dr. Figueredo en plena manigua revolucionaria tuviera una mansión. Acaso sería un bohío, donde atendía a los heridos.

<sup>229</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 215.

<sup>230</sup> Rodríguez Morejón, Gerardo. «Maceo.» Imprenta P. Fernández y Cía. La Habana, 1946. p. 76.

«Por fortuna para Cuba —dice Zarragoitia Ledesma— ninguna de las balas toca el corazón de Maceo. Aunque grave de todos modos las heridas, su recia constitución le permite reaccionar poco a poco de lo que a cualquier persona normal hubiera, sin duda, ocasionado la muerte. A esta mejoría lenta, pero constante, de Maceo, contribuyen cuatro afectos muy íntimos, dos de ellos frutos del espíritu: Mariana Grajales y María Cabrales, y dos de la más acendrada amistad: Félix Figueredo y Máximo Gómez.»<sup>231</sup>

Máximo Gómez y Félix Figueredo temen seriamente por la vida de Maceo, el primero tiene que abandonar al herido por sus funciones militares, pero lo deja al cuidado de su médico y amigo y con una pequeña escolta al mando de José Maceo.

Félix Figueredo puso todo su conocimiento médico al servicio de la vida de Maceo. Lo veía grave, mas confiaba en sus defensas propias para salvarle la vida. Además carecía de medicinas, de medios adecuados para el tratamiento que requería un herido en estas circunstancias. Sin embargo, no desmayó. Noche y día al lado del herido, con la compañía de María Cabrales, que en ningún momento se separó de la camilla donde yacía aquel coloso de la guerra.

Pasaron cinco días de ocurrir la caída de Maceo en Barajagua cuando el General Máximo Gómez, está escribiendo a! Dr. Félix Figueredo la siguiente carta:

«Los Indios, 11 de agosto de 1877.  
Dr. Figueredo.

»Amigo mío: estaba impaciente por recibir algo de tí, tanto que a pesar de haberme atacado ayer el enemigo, hoy muy temprano volví a ocupar la posición para esperar tu correo.

»Estoy algo tranquilo por la situación de nuestro común amigo Maceo.

»El enemigo ayer mismo se retiró rumbo a la Canoa; la caballería que fue la que atacó y la infantería, de Magia se dirigió también hacia aquel punta; pero no he podido reconocer la zona de Barajagua para saber si está limpia; aunque yo creo que todo el enemigo es fácil se haya retirado.

»Por la sabana no hay novedad y las costas del Cauto tampoco.

---

<sup>231</sup> Zarragoitia Ledesma, Leopoldo. Obra citada. «Maceo.» La Habana 1935



de me se convenceo por que a da para al p...  
 d... en su parte... y...  
 a muy... a...  
 por... a...  
 forme...  
 en este... a...  
 de... y...  
 de y...  
 1760...  
 pr...

El...  
 a...  
 por...  
 que...  
 tanto...  
 por...  
 que...

Este...  
 al...  
 que...  
 de...  
 de...  
 de...

de...  
 de...  
 de...  
 de...

de...  
 de...  
 de...

»Cuando quieras moverte para trasladar a Maceo puedes hacerlo, avisándome para cubrirte los caminos é indicarme poco más ó menos cómo debo hacerlo, pues no sé el punto de los cruceros según tu marcha.

»Saldrá inmediatamente la Comisión a buscar los efectos y las medicinas.

»Dile al anligo Maceo que me diga todo lo que quiere que haga por él, que ¡ojalá! un poco de mi sangre pudiera servirle de bálsamo prodigioso.

»Espero pronto tu segundo aviso. Tengo detenido el correo para el Gobierno hasta que me digas el pronóstico de las heridas. Tu amigo, Máximo Gómez.»<sup>21</sup>

El mismo día 11, le da contestación el Dr. Figueredo a la carta del General Gómez, diciéndole:

«Agosto 11 (a las 3 de la mañana)

Mayor General Máximo Gómez.

Querido amigo.

»El estado del enfermo es bastante grave y es de temerse resultado funesto si no ceden los síntomas. La noche pasada ha podido muy poco reconciliar el sueño y en los momentos en que dormitaba lo hacía delirando. La fiebre que desde el primer día se presentó, en vez de ceder aumenta y su pulso late lo menos 110 veces por minuto. La lengua pastosa y seca. La sed es intensa. El vientre timpánico y un estreñimiento tenaz, que ayer empezó a ceder mediante lavativas emolientes que yo mismo le puse.

»Las heridas del pecho no supuran y dos de ellas son penetrantes; la otra de la misma región algo inflamada pero éstas presentan la ventaja que sólo han ofendido la piel y que más obraron por contusión; de todas maneras en toda la parte anterior del pecho cuenta 5 heridas: en la mano derecha tres; una en la palma y el resto en los dedos anular y pequeño; que han presentado los primeros síntomas de gangrena que estoy combatiendo con lociones cloruradas y con separar la parte esfacelada razón por lo que se está limitando. En la cura de ayer extraje de la herida de la palma de la mano una anilla metálica del tamaño , de un medio que examinada resultó ser del revólver que hacía fuego cuando fue herido.

»Distintas veces he tratado de explorar la principal herida del pecho para saber con fijeza los órganos que interesó y dónde quedó colocado el proyectil y aun cuando no he podido dar con éste me he convencido perforó a su paso el pulmón derecho en la parte superior y después fue a implantarse muy cerca de la columna vertebral de donde por ahora no se le puede extraer hasta que no forme foco purulento para practicar la contra abertura.

»En este estado se hace por hoy imposible moverlo y esperaremos ver si al cesar lá fiebre y establecerse una supuración franca toma otro camino la enfermedad para entonces formar pronóstico más favorable.

»Él, sin embargo, queda despejado, tanto que ahora me llamó para decirme te dijera que no podía moverse hasta tres o cuatro días pasados que cree estará mucho mejor; y que por lo tanto podías moverte mandándole las novedades que ocurran y que puedan interesarle.

»Esta carta no es la que debes mandar al Gobierno, pues por su estilo comprenderás no tiene lenguaje oficial.

»La calentura reinante está aquí en su apogeo y María<sup>232</sup> participa ya de la epidemia general.

¡Bueno es el mundo, bueno, 'bueno!

Tu afectísimo, Félix»

<sup>233</sup> y <sup>234</sup>

El General Martínez Campos tiene la confidencia del estado de gravedad de Maceo y el poco número de soldados que contaba para su defensa, dispuso que el Coronel González Muñoz, con las fuerzas a su mando se dedicara a perseguir hasta lograr la detención vivo o muerto de Maceo.

En la guerra están justificados todos los medios, declararon los amigos de España, ante la actitud poco noble del general español, que al igual que hicieron con Céspedes cuando estaba solo, lo atacaron y le

---

<sup>232</sup> María Cabrales, esposa de Maceo.

<sup>233</sup> Archivo Nacional de Cuba. Donativos y Remisiones. Caja 470 No. 41 (documento original). Hay una nota debajo de la firma de Félix Figueredo que dice: «Es la firma del Dr. Félix Figueredo, Brigadier del Ejército Libertador.» (Fdo.) Modesfo Fonseca, Brigadier Jefe del Estado Mayor. A la izquierda se encuentra otra autenticación de Fernando Figueredo Socarras.

<sup>234</sup> Le Roy, Luis F. «Las heridas de Maceo en la guerra de 1868.» Revista de la Biblioteca Nacional «José Martí.» Año 59, 3ra. época. No. 3 sept.-dic. 1968. pp. 73-74.

dieron muerte. Pero con Maceo, el aspecto varía. No era tan fácil apresar al hombre de hierro, ni aun cuando está postrado en la camilla de enfermo.

El Coronel González Muñoz, con la confianza plena del lugar donde se hallaba Maceo, se decidió a cercarlo, con el propósito de capturarlo vivo y poder presentarlo como valioso trofeo de guerra. Pero no contaba ni con el espíritu indomable de Maceo, que supo esquivar en el momento oportuno la persecución, ni la valentía extraordinaria de su hermano José, que con un número muy reducido de hombres supo contener la persecución infatigable de los soldados españoles.

Mientras tanto el General Máximo Gómez, enterado de un «asaltico» que tuvo el Dr. Félix Figueredo, según contaba la prensa española, le escribió a éste, desconociendo por completo la gran odisea de la persecución de que fue objeto el enfermo que encomendó a su cuidado y que ya se encontraba en convalecencia.

Veamos las cartas cruzadas, que son el mejor exponente de todo este proceso.

Dice Máximo Gómez a Félix Figueredo:

«Septiembre 19 de 1877. Loma de Piedra.

Estimado amigo Félix: ¡tristón! me dicen que estás afectado por un - asaltico donde escapaste la pelleja; pero perdisteis tu caballo, la vaca y otras cosillas de poca importancia: no seas bobo y di como el filósofo griego: «Dolor, tu no eres un mal y yo estoy aparejado.» Si estuvieras aquí verías lo apurados que están los españoles, pues así lo dan a comprender en los periódicos que tengo a la vista. Confiesan doce mil bajas por distintos conceptos. Se trasluce la ninguna confianza en sofocar esto. En la península están trinando por los sacrificios estériles y en las Cortes grandes debates sobre este punto. Cánovas del Castillo caerá, y Martínez Campos se encuentra sin apoyo y va decayendo su prestigio. Ahora va a suspender las operaciones, dice que para continuarlas con más brío en la “Seca” cuando le hayan llegado quince mil hombres que ha pedido de refuerzo. Veinte días estuvo viajando por Holguín y allí no se movió una paja muy al contrario, le tomamos el convoy de las Calabazas ¡la mar! Dejaron 12 muertos y se ocuparon 15 rifles, por nuestra parte tres heridos.

»Holguín bien, pero Limbano Sánchez, tan pronto me sintió se fue huyendo para la Línea Occidental, arrastrando unos pocos que ya se le

estaban desertando; los demás están con Rius, a quien he dejado encargado de todo.

»No he tenido ninguna noticia del Gobernador, no obstante, que he mandado tres correos.

»Como ya lo que me resta que hacer es sobre organización y según el estudio que he hecho, son indispensables algunas que pueden ser de trascendencia, yo no me atrevo por mí solo a hacer ningunas innovaciones; y por tal motivo voy al Camagüey para significar al Presidente lo necesario de su presencia aquí, pues sobre el mismo terreno se pueden estudiar y no producirán descontentos y yo quedaré exento de responsabilidad.

»Por Luis Figueredo supo el General Díaz, que Vicente García estaba en la residencia del Gobierno, y Luis le dijo, que nadie pensaba ya en sus reformas y que Belisario Peralta había tomado el campamento del Hatillo.

»Según los periódicos españoles, combaten en Las Villas con partidas de 200 hombres. Conque adiós y consérvate. Tuyo affmo amigo Máximo Gómez.»<sup>25</sup>

He aquí la contestación que le da el Dr. Félix Figueredo:

«Mayor General Máximo Gómez

Secretario de la Guerra.

Mi buen amigo Máximo.

»Después de leer y de releer lo que me escribistes antes de tu marcha, desde “Loma de Piedra”, te la contesto y redigo, que te equivocastes al suponer que me hiciera mella lo de haber perdido el caballo, la muía Fabiana, un bulto con papeles; más una vaca con su cría y media docena de gallinas destinadas para el alimento de Maceo; todo lo que conservaba al cuidado del negro Manuel Júcaro junto con los perros Peleón y Nicotina, en un rancho oculto en medio de la montaña por donde corre el manso Bío que nunca creyó que por sus aguas y orillas fuesen a pasar en ese día, en interminable columna, lo menos un millar y medio de los arsenicófagos recién llegados de Las Villas y Camagüey.

»Y tan te equivocastes que más bien debisteis enviarme la enhorabuena, y aun de bendecir la hora en que se me ocurriera tener anzuelo-

<sup>25</sup> Revista Cubana. Tomo VIII, p. 154.

convoy en aquel punto para que el enemigo pudiera entretenerse en desplumar gallinas, leer las cartas de mis amigos y algunos borradores de las mías; todo lo que dio tiempo para que el asistente Guapo Latoizon, que había ido a buscar la botella de leche para Maceo, hubiera vuelto pero volando, a darnos el aviso de que se nos iban a venir encima, con las intenciones de siempre, que tú sabes cuales han sido desde que se formalizó esta guerra de agarra, y cuyo aviso también dio algunos minutos de tregua para que nuestro amigo Antonio Maceo, mal o bien se levantara, y para que su hermano José, sin preocuparse del conflicto, pudiera recoger las tres parejas, únicas con que podía contar y con las cuales después de empezado el fandango, a tiro limpio y sostenido con la algazara de costumbre, les fuera cortando los bríos al enjambre de azules abejones, que se desbordaban por aquel monte, persuadidos de que nos iban a coger sin resistencia ni defensa; pues de antemano sabían dónde estábamos, debido a la familia de la mulata Eduarda y el maestro Justo de los Santos que se les habían presentado en los Indios, notificándoles que Maceo estaba medio muerto de resulta de sus heridas y de tenerlo yo a mi cuidado junto con su esposa María y muy poco personal para que no se encontraran rastros.

»El conflicto, amigo Gómez, era serio, extremado, gravísimo, porque con Maceo sin poder andar, los prácticos Liberato Portales y Cosme Pe-reirá en una pesquería por el Cauto, y José Maceo con sólo seis números para contener el ímpetu de tanta gente, en medio de un espantoso fuego de redoble, parecía materialmente imposible el que dejaran de acribillarnos después de entablada la persecución que duró, desde las primeras horas de la tarde, hasta bien cerrada la noche.

»Y sin embargo, fue milagroso que no nos hicieran ningún daño, pero no por oraciones ni encomiendas, sino porque José Maceo con su Winchester y los otros de la escolta con sus carabinas, cada vez que se detenían en escalones favorecidos por los árboles, para disparar sobre los del montón persecutor, les redoblaban las bajas, llenando de heridos y de muertos el sendero que iban abriendo en confuso tropel para alcanzarnos y cazarnos.

»Con la oscuridad de la noche nos quedamos en un Sao, como a una legua del punto donde nos atacaran; oyendo por intervalos en el resto de la misma el reclamo de la magüica, que producían los movilizados juntando las manos, como si fuese una señal convenida para reunirse y volver al centro del cuartel de la columna; y en esa situación nos mantuvimos

en vela hasta el naciente crepúsculo, que haciendo el General A. Maceo un supremo esfuerzo de voluntad, le vimos incorporarse del suelo donde pasó la noche, para dar órdenes al práctico Liberato Portales que por fortuna se nos había incorporado en la retirada para marchar de nuevo en busca de las aguas del Bío, pero con rumbo al potrero de la Sabana de San Miguel.

»En marcha haciendo esos caminamos lentamente, es decir, paso a paso por el fatal estado de Maceo que seguía falto de fuerzas y con sus pulmones heridos, aunque en vías de cicatrización.

»Todas las veredas que cruzamos las vimos pojadadas por el enemigo que aun nos buscaba con empeño; pero al fin llegamos al límite del potrero, sin otra novedad en la marcha que la de haber hallado al paso la cabeza y los demás huesos de la vaca y del ternero con cuya carne se habían regalado la noche anterior.

»Ya en el potrero que fue recorrido, nos corrimos por el fondo hasta hacer alto á un kilómetro del río; y en aquel punto creyó Maceo que podía permanecer, confiado en que no debía estar lejos el Teniente Coronel Mayía Rodríguez que podía auxiliarnos con los pocos números montados que tenía, y en ese estado pasamos la noche tranquilos, con el único inconveniente, de tener que dormir en ayunas.

»Mas apenas empezó el sol a levantarse, empezamos a oír algunos disparos con la pareja de nuestra guardia, la que fue sosteniéndose y replegándose hasta reunírsele José Maceo que con más agilidad que nunca volvió á entrar en fuego con aquel enemigo, que mejor aleccionado le veíamos derramarse por todos los trillos del potrero para converger sobre el frente del fondo en medio de un aguacero de descargas, que eran acompañadas de terribles juramentos y de picantes chanzonetas como las siguientes: “¡Alto Moréndigos!” “¡Les seguiremos hasta Guinea!” “¡Entrégate Maceo, que te vamos a curar!” “¡Te cogemos vivo o muerto!”...

»El espacio de montaña virgen por donde nos retirábamos era de mal terreno, cuajado de sartenejos y enmarañado de bejucos que era preciso ir cortando para abrirnos paso. María, la inseparable esposa de Maceo, le seguía al pie, sin sustos, confiando en el valor y destreza de su cuñado José, que iba cubriendo nuestras huellas, hiriendo de muerte a los más osados en el empeño de perseguirnos, que debían ser criollos por la facilidad con que se deslizaban por el monte; pero José Maceo inutilizaba sus propósitos con su mortífero Winchester. Así la persecución,

pero sin ninguna desgracia para nosotros, pudimos ganar el cauce del Arroyo de la Munición por el que fácilmente salimos al camino de Barajagua, en el que pidió el General Maceo su caballo al asistente Serapio, que lo llevaba de la brida y en cuanto se le acerca y lo monta, sin ocuparse de sus dolorosas y descuidadas heridas, se fue corriendo hasta perderse en las vueltas y revueltas del camino que dejó de no seguir tan pronto hallara la entrada de una vereda que marcaba el otro arroyo de Pantezuela, donde en el resto del día se le fueron reuniendo los que le Cuidaban y defendían que, aunque atrasados en la marcha por hacerse a pie, podían seguir sin descuidar las huellas del caballo como la mejor guía para encontrarlo.

»El enemigo también llegó al camino de Barajagua, pero en las malas condiciones que le traían José Maceo y allí le dejamos enredado con Mayía Rodríguez que lo entretuvo el tiempo suficiente para matarle algunos hombres, los cuales, después de tanto vociferar tendrían que ser encamillados para que los condujesen a aumentar el crecido número de bajas que el primer día les causara José Maceo, en esta jornada que yo he bautizado ya con el nombre de “La Tremenda”, por el motivo de lo que pasamos en tan porfiada persecución, como consecuencia de los malditos informes dados por la familia de la mulata Eduarda, los que sólo han servido para desengañar al enemigo de que no debe perseguir heridos; y para probarles de que este General Maceo como todo insurrecto de buen calibre, mejor se cura con agua, con hierro y con fuego que con bálsamos y ceratos; mientras que su médico sigue tomando notas para si se salva del agarra y sobrevive, preguntar a los sabios de las Academias y a los Profesores clínicos si puede ser posible que en esta tierra del pasmo y del paludismo, un hombre postrado en una rústica cama de cujes, mal acolchonada con guajaca pero sin forro de tela; teniendo sus pulmones interesados por el plomo de una bala de Remington y el hierro de la manzana de un revólver hecha pedazos; y heridos los dedos de la mano como también el antebrazo derecho en su parte anterior y media, puede levantarse en medio de la gravedad de sus heridas, caminar leguas a pie, no comer ni dormir en tres días, cruzar ríos, montar a caballo, correr y decir al cabo de tan violentas fatigas, que se encuentra mucho mejor y que espera acabar de curarse para salir a tomar la revancha en la que hará por cobrarse y con intereses la deuda que con él han contraído los defensores del absolutismo colonial y de la esclavitud.

»Con lo que aquí va escrito, mi querido Gómez, quedas al corriente de casi todo lo que paso en ése *Asaltico* donde pude escapar la pelleja (son tus palabras) y me figuro que con el relato que te hago te doy pruebas de que los dos debemos por ahora poner en cuarentena lo de lo apurado que deben estar los españoles á pesar de las doce mil bajas que confiesan en sus periódicos; pero de lo que no debes dudar es, de que para no seguir indigestándose con el alimento contenido en esas laticas que me dices que comen, vinieron a Bío á merendarse mi vaca, las gallinas y hasta el ternero; y de que si no lograron tostar mi pellejo junto con el del amigo Maceo, ha sido por haber tenido la fortuna de estar el campamento del herido a cargo del denodado José Maceo, el héroe de la trinchera de la Indiana que creo te entregó la llave de los cafetales de Guantánamo cuando inaugurastes aquella campaña en la que inutilizastes los planes ó conocimientos del Coronel o Brigadier D. Arsenio Martínez Campos: y respecto de José Maceo se hace necesario que nuestro Gobierno acabe de ascenderle con el empleo inmediato por su heroico comportamiento en esta célebre jornada, lo mismo que en las otras anteriores, en la que debemos incluir, la que sostuvo cuando resultó herido del codo del brazo izquierdo, que ya son méritos suficientes para que esa escrupulosa Cámara, cuando se reúna para el examen de su brillantes hojas de servicios, vote el ascenso por unanimidad sin discusiones ni reparos.

»He dejado a Maceo en plena convalecencia, y pienso a fines de esta semana marchar en busca de las aguas de Búngo, para reunirme al Capitán Bellito que tiene que salir con rumbo a las lomas del Sur para donde marchó tu paisano D. Modesto Díaz, llevando el batallón de Jiguaní, dejando indefenso el Cauto. Por allá me detendré todo el mes de octubre hasta que pasen las lluvias y la creciente; y cese de una vez la maldita Reforma de Vicente García que ha dejado todo esto como lo vistes por tus propios ojos.

»Aquí termino para después de entregar la carta correr a examinar una arrogante muía, de procedencia española que acaba de regalarme el Capitán Carlos Suárez, y al entrar en posesión de mi nueva cabalgadura te prometo: que si allá por la empinadas Sierras la veo en peligro de que se la quieran adjudicar esos señores de las laticas, haré que el Capitán Bellito o el negro Yara le quiten la piel para convertir la carne en tasajo y con esto descansar de tanta Jutía.

Recuerdo al Presidente Estrada y demás amigos. Tu affmo. F. Figueredo.»<sup>235</sup>

En el transcurso del tiempo la Revolución siguió su marcha. Hasta que un día cae prisionero de los españoles el Presidente de la República en Armas Tomás Estrada Palma.

«Este suceso de trascendencia, —dice el General Máximo Gómez—, yo creo que poco afectará los intereses de la Revolución, dada la oposición que un partido hacía la Administración Estrada. Quizás ahora se unifiquen los cubanos, pues los hombres de orden que sostenían a Estrada, no harán oposición a Céspedes.<sup>236</sup> Y para los otros no prometemos que sea aceptada.»<sup>237</sup>

El final del Gobierno de Estrada Palma estaba decidido: división «n el ejército, sin autoridad moral para dominar la situación, por otro lado el general español Arsenio Martínez Campos, avanzaba sus tropas, aprovechando el estado de desorganización de los insurrectos que sólo se mantenían fieles a Camagüey y Oriente, ya que Las Villas «parodiando la *Doctrina de Monroe*, se mantenía en las palabras: “Las Villas para los villareños.”»<sup>238</sup>

---

<sup>235</sup> Revista Cubana. 1888, p. 155.

<sup>236</sup> Mayor General Francisco Javier de Céspedes. Vice Presidente de la República • que ocupara la presidencia en sustitución de Estrada Palma.

<sup>237</sup> Gómez, Máximo. «Diario de Campaña.» Instituto del Libro, 1968. La Habana, p. 129.

<sup>238</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 210.